

Aburridos: la policía-burnout

Boring: the police-burnout

Nahuel Roldán

Universidad Nacional de Quilmes

Esteban Rodríguez Alzueta

Universidad Nacional de Quilmes

RESUMEN

Dos tesis nos interesan demostrar en este trabajo. La primera es que el tedio o el aburrimiento que implica la labor diaria terminan “quemando” al agente policial. En ese sentido, vamos a revisar desde una perspectiva sociológica el concepto de *burnout*. Haremos un recorrido por diferentes investigaciones sobre el síndrome de *burnout* en las policías de diferentes países, para luego analizar su impacto y función en la Policía Local.

La segunda tesis es que el *aburrimiento* es uno de los factores que explica el hostigamiento policial. Si los policías están aburridos, con todo lo que eso implica, una manera de llenar el tiempo muerto, de activar la autoridad policial, será reproduciendo prácticas abusivas sobre determinados contingentes sociales que se encuentran en una situación de desigualdad respecto a la institución policial.

ABSTRACT

Two theses interest us to demonstrate in this work. The first is that the tedium or boredom involved in daily work ends up “burning” the police officer. In this sense, we are going to review the concept of burnout from a sociological perspective. We will go through different investigations on burnout syndrome in the police of different countries, and then analyze its impact and role in the Local Police. The second thesis is that boredom is one of the factors explaining police harassment. If the police are bored, with all that that implies, a way to fill the dead time, to activate the police authority, it will be by reproducing abusive practices on certain social contingents that are in a situation of inequality with respect to the police institution.

PALABRAS CLAVES

Policía—Quemado—Aburrimiento

KEYWORDS:

Police—Burnout—Boredom

“Antes la barbarie que el tedio”
—*Théophile Gautier*

1.

En los últimos años en la Provincia de Buenos Aires, envuelta en contextos electorales tensados por el incremento de la conflictividad social que se verificaba en el uso de la violencia en los delitos predatorios y los conflictos interpersonales, en el marco de una “emergencia en seguridad” y ante el fracaso del debate en la Legislatura de la provincia sobre la creación de la Policía Municipal, el entonces gobernador Daniel Scioli, por decreto, creó la Policía Local. Se trataba de una fuerza que iba a estar vinculada al Municipio, pero por razones presupuestarias y desorganización terminó, por ahora, como la POL 2, absorbida por la Policía Bonaerense. Con un perfil desdibujado, la Policía Local es una policía de proximidad y prevención situacional. Cuenta con un cuerpo de 18 mil efectivos, de los cuales más de la mitad son mujeres (53%) y la gran mayoría jóvenes (el 70% tiene menos de 30 años). Su capacitación, que en algunos casos contó con aportes tímidos de algunas universidades públicas, fue muy ligera (6 meses promedio) a partir de “enlatados” elaborados por el staff de la Escuela Vucetich que reproducen los mismos contenidos mínimos que tiene la Bonaerense (Rodríguez Alzueta, 2016). Es así que, desde hace dos años, vemos deambular por algunas ciudades de la Provincia, desempeñando tareas de “control poblacional” a los “pitufos”. La denominación despectiva fue acuñada por los jóvenes que siguen siendo el objeto principal de los controles de identidad que desarrollan estas fuerzas. Tal vez porque visten uniforme y boina azul francés o porque gran parte de ellos son criaturas de baja estatura, Los Pitufos, parecen duendes o gnomos que rondan por la ciudad. Con dos grandes diferencias: están armados y, además, aburridos.

2.

El concepto de *burnout* comienza a utilizarse a fines de la década del ‘70, y se aplicaba dentro de la psicología social para describir una situación de desgaste profesional. Si bien eran pasibles de este síndrome sólo aquellas personas que trabajaban en sectores de servicios humanos—en general—y para personal sanitario y profesores—en particular—, el término *burnout* fue evolucionando a lo largo de casi 30 años, hasta abarcar a otros trabajadores.

A través del concepto *burnout* nos interesa explorar el *hastío* policial, lo que algunos otros autores han denominado simplemente como *tedio* o *aburrimiento*. Se trata de un concepto con historia, que nos remonta al *ennui* y al *splenn*, pero también a la *alienación*. De hecho, para Marx (1997), una de las consecuencias del trabajo moderno, repetitivo, monótono, es la *alienación*. Una alienación que se averigua en el aburrimiento. Cuando las actividades que tiene que realizar cualquier trabajador se desentienden de su libertad y capacidad creativa, cunde la enajenación, lo que Weber llamará después, el desencantamiento de la vida.

Simone Weil (2010) después de pasar una temporada en aquellos establecimientos, llegó a la conclusión de que una de las condiciones obreras, que merece ser considerada un "sufrimiento moral" es el aburrimiento. "Los obreros se aburren". El aburrimiento no solo es aplastante sino opresivo. Para Weil el aburrimiento es una consecuencia de la obediencia: las tareas que tiene que realizar en un tiempo determinado son impuestas desde fuera. "La extrema obediencia es aquella que arrebató todo poder de disponer del propio tiempo" (Weil, 2010: 232). Más aún, el aburrimiento se agrava con la monotonía de aquellas tareas, que son multiplicadas al infinito. Weil estaba pensando la fábrica fordista, reorganizada según las recomendaciones de Taylor. Para Weil, el aburrimiento actúa de manera diferente sobre los diferentes individuos que componen la masa obrera, es decir, no siempre experimentan al aburrimiento de la misma manera: "Algunos, que lo soportan desde hace demasiado tiempo, o en una forma demasiado dura, o que son física o moralmente débiles, sucumben a él. Ya no desean nada, sufren una especie de muerte moral que, si se extiende a todos, sería una garantía de tranquilidad social, pero que por cierto sería una catástrofe peor que todos los problemas. Los otros reaccionan o se esfuerzan por hacerlo. Algunos intentan, a veces con éxito, 'apañárselas', ascender de escalafón dentro de la jerarquía industrial. Pero hay otros, y son más numerosos de lo que se piensa, para los cuales esta idea de apañárselas en el marco del oficio, aunque evoca ventajas económicas, no le dice nada al alma; pues han llegado a detestar el lugar al que van a trabajar todos los días como un prisionero detesta el muro de su celda" (Weil, 2010: 232). ¿Qué es lo que hacen estos trabajadores aburridos que no pueden subir un peldaño más en la jerarquía y les permita zafar de las tareas rutinarias, aunque sea para reemplazar unas tareas por otras igualmente repetitivas aunque menos espantosas?

Dos tesis nos interesan demostrar en este trabajo. La primera es que el tedio o el aburrimiento que implica la labor diaria terminan "quemando" al agente policial. En ese sentido, vamos a revisar desde una perspectiva sociológica el concepto de *burnout*. Haremos un recorrido por diferentes investigaciones sobre

el síndrome de *burnout* en las policías de diferentes países, para luego analizar su impacto y función en la Policía Local.

La segunda tesis es que el aburrimiento es uno de los factores que explica el hostigamiento policial. Si los policías están aburridos, con todo lo que eso implica, una manera de llenar el tiempo muerto, de activar la autoridad policial, será reproduciendo prácticas abusivas sobre determinados contingentes sociales que se encuentran en una situación de desigualdad respecto a la institución policial.

3.

Robert Reiner en su libro *La política de la policía*, realiza una revisión exhaustiva de la teoría e investigación académica sobre la policía, que sirve por lo menos hasta el año 2000—fecha de publicación del libro. El trabajo policial tiene al menos dos acepciones para atender: la primera referida a la función policial como misión preestablecida, y la segunda como acción policial en el cotidiano urbano. En este sentido, lo primero que trataremos será el empleo del policía urbano, subalterno y de calle.

Reiner escribió en octubre de 2011 un folleto que se publicó en el periódico *The Guardian* con el título “Let’s admit it: most police work does not involve catching criminals”, en el que reconoce que el trabajo policial tiene que ver menos con combatir el delito que con resolver situaciones más o menos triviales de la vida cotidiana que no tienen que ver con el crimen—sólo el 18% de todas las llamadas que recibe la policía tienen relación con algún crimen. Aun cuando la representación mediática, social e incluso de la propia tropa policial sea creer que el “real” trabajo policial es la lucha contra la delincuencia.

El trabajo policial—en su segundo sentido—tiene una íntima relación con la discrecionalidad policial y con el discernimiento. Para quienes la policía al momento de actuar debe atender una serie de reglas legales universales e impersonales, verán esta discrecionalidad como algo negativo. Mientras quienes comprendan esas reglas como una guía de acción, preferirán hablar de discernimiento—para evitar pensar el actuar policial como una aplicación mecánica de normas y protocolos.

Dominique Monjardet en su libro *Lo que hace la policía*, referirá al trabajo policial como un proceso de selección. Este proceso será lo que diferencie el trabajo policial de cualquier otro trabajo. La imposibilidad de delimitar el trabajo policial es lo que lo hace diferente. En este sentido serán dos dimensiones las que definan este proceso de selección: la primera será la relación entre la orden jerárquica y la imprevisibilidad de la demanda; la segunda será el vínculo entre

control y autonomía. Por supuesto que esto nos lleva a pensar la policía conjuntamente con la política y con el sistema judicial—en este trabajo no ingresaremos en estos debates.

Así es que la función policial como misión, parafraseando las leyes orgánicas de las policías provinciales, será: “prevenir y reprimir el delito”. Este “mandato imposible” de control del delito será la misión principal de la policía, pero como ya demuestran los estudios sociales de la policía, esa no es ni siquiera en mayor parte la actividad que lleva a cabo la policía en su actuar cotidiano. Por tanto, realizará una cantidad de funciones paralelas o marginales a esa misión principal. Funciones que hoy día realiza la policía comunitaria o local. En la aplicación en Argentina de ese modelo “exportable” de policía comunitaria, se terminó por desmembrar—incorrectamente—la institución policial: por un lado, está la policía tradicional —con un color de uniforme azul oscuro, con mayor jerarquía y respondiendo en su accionar a esa—supuesta—misión principal, por el otro, la policía comunitaria—con un color azul claro¹, subalternizada y respondiendo a las demandas marginales y “menores”.

Finalmente, Reiner sostendrá, en el folleto referenciado más arriba, que lo único que unifica la miscelánea de labores policiales—desde el control de disturbios hasta ayudar a un inquilino a ingresar a su casa cuando perdió sus llaves—es el uso de la fuerza legítima. Con esto queremos que quede claro que el trabajo policial es distinto a cualquier otro trabajo, pero aun así sigue siendo un trabajo. Más allá de la marcación de ciertas peculiaridades, el análisis del trabajo policial debe ser encuadrado en ciertos parámetros de seguridad social y laboral generales.

4.

George Steiner en un magnífico ensayo dedicado a ampliar las fronteras de la cultura, indaga el lugar que tuvo el “ennui” en el siglo XIX, ese “veranito burgués” que tuvo lugar entre los años 1815 y 1915. Steiner se pregunta si aquello que sucedió inmediatamente después no fue consecuencia del tedio burgués (ennui): “Mi tesis sostiene que ciertos orígenes específicos de lo inhumano, de las crisis de nuestro tiempo que nos obligan a redefinir la cultura, se hallan en la larga paz del siglo XIX y en el centro mismo de la compleja estructura de la civilización” (Steiner, 1991: 24). “Si logramos comprender las fuentes de ese perverso anhelo, de ese prurito del caos, estaremos más cerca de

¹ En la actualidad el uniforme fue homogeneizado y todos visten un azul oscuro, sólo los diferencian las boinas—la de la policía local es color azul claro. Aun así, debe hacerse este análisis de diferentes colores de uniformes, ya que fue como se desarrollaron las primeras cohortes de la policía local.

comprender nuestro propio estado y las relaciones de nuestra situación” (Steiner, 1991: 27).

George Dumézil llega a una conclusión semejante en *El destino del guerrero*, señala que Tulio Hostilio, tercer Rey de Roma, buscaba por todas partes pretextos para provocar una guerra porque se daba cuenta—según Titi Livio—de que la inacción debilitaba a los romanos, de que “en el ocio la ciudad envejecía” (Dumézil, 2008: 22).

Cuando Steiner postula al *ennui* está pensando en los movimientos repetidos o en aquella inactividad suficientemente prolongada que segrega una especie de veneno en la sangre y produce un ácido letargo. Baudelaire (1991) llamó “splenn” a ese tedio peligroso que cultiva secretamente un “humor violento”.

Más acá, el filósofo rumano, Emile Cioran, con su militado pesimismo nos dirá que “el hastío es un vértigo, pero un vértigo tranquilo, monótono; es la revelación de la insignificancia universal” (Cioran, 2005: 26). El hastío, semejante a un estado de convalecencia, nos revela el vacío de la vida: el tiempo se detiene y desarticula, se suspenden las emociones, postra al individuo que siente que ya nada podrá estremecerlo: “Nos hace sentir el tiempo demasiado largo, inepto a revelarnos un fin. Separados de todo objeto, no teniendo nada que asimilar del exterior, nos destruimos a cámara lenta, puesto que el futuro ha dejado de ofrecernos una razón de ser. El hastío nos revela una eternidad que no es la superación del tiempo, sino su ruina; es el infinito de las almas podridas por la falta de supersticiones: un absoluto chato donde nada impide a las cosas girar en redondo en busca de su propia caída” (Cioran, 1991: 31).

Con estos preámbulos, vamos a encarar nuestra exploración de la tarea policial o, mejor dicho, al aburrimiento policial. Ya sabemos que una cosa es lo que dicen las disposiciones reglamentarias y otra su actualización. La distancia entre las misiones y funciones que se cargan a la cuenta de la policía están muy lejos de su praxis cotidiana.

Didier Fassin tiene razón, entonces, cuando señala en su libro, *La fuerza del orden*, que cualquier estudio sobre el trabajo policial debería comenzar por la descripción de los días y noches en que no sucede nada y se dedican a recorrer en auto o a pie el barrio o la ciudad, a dar vueltas por la cuadrícula asignada durante horas y horas, esperando llamadas que rara vez se producen y que a menudo terminan siendo errores o bromas. La mayor parte del día los policías se dedican a caminar y conversar entre ellos. A fumar, circular y mandar mensajitos de texto por teléfono. Y si tienen la suerte de que patrullan el mismo barrio durante semanas o meses, a lo mejor pueden empezar a conversar con los vecinos o comerciantes de la zona. Pero en general, hablan entre ellos todo

el tiempo mientras soportan el frío del invierno húmedo o las altas temperatura en verano que se resiente más aún con los chalecos antibalas que obligatoriamente tienen que usar.

El tedio no parece ser un patrimonio exclusivo de los jóvenes que pasan gran parte del día haciendo junta en las esquinas del barrio (Tonkonoff, 2007; Corrigan, 2010). También los policías se aburren y viven del tedio. Básicamente el trabajo policial consiste en aburrirse, o mejor dicho, soportar el aburrimiento. El aburrimiento es uno de los escollos que deben aprender a sortear. Durante muchos años, por lo menos hasta que vayan subiendo por el escalafón, pasarán gran parte del tiempo deambulando por las calles "haciendo nada". "El aburrimiento prevalece por encima de la aventura" (Fassin, 2016: 111). Si miramos la labor policial desde el cotidiano, lo que veremos es monotonía, inacción. En efecto, el trabajo policial está hecho de inacción. Eso no significa que los policías no hagan nada. Al contrario, se la pasan horas y horas patrullando o caminando. Pero su quehacer, como dice Fassin, está muy lejos del cine de acción o las aventuras policiales que solemos ver en la gran pantalla.

5.

Se podría decir que la primera vez que aparece el término de *burnout* es en el año 1901 en la primera novela, titulada *Los Buddenbrooks*, del escritor alemán Thomas Mann. Sin ningún tipo de referencia con un síndrome laboral. Christina Maslach en su trabajo *Job Burnout* (2001) reconoce otro precedente para el concepto en la novela de Graham Green titulada *A Burnout Case* (1962). Será la propia Maslach quien entregue la definición de *burnout* más utilizada y de la cual se fueron desarrollando y complejizando otras—aunque hay que reconocer la utilización clínica como síndrome en 1974 por el psiquiatra Herbert Freudenberger. Esta psicóloga estadounidense junto con Susan Jackson, desde una perspectiva psicosocial hacen pública la definición de burnout en 1981, y dirán que son tres las características que determinan "estar quemado" laboralmente: 1) un agotamiento emocional—se centra en un cansancio y fatiga continuos, insuperables emocionalmente; 2) pérdida del contacto interpersonal—centrado en la despersonalización y la falta de empatía con el otro; y 3) la frustración—una constante evaluación negativa de los logros. Para una detallada revisión del devenir del concepto de burnout se puede visitar el trabajo de Anabella Martínez Pérez de la Universidad Española de La Rioja, titulado *El síndrome de burnout: evolución conceptual y estado actual de la cuestión*.

Nos quedaremos, entonces, con esta primigenia caracterización de Christina Maslach y Susan Jackson. Notará el lector que la aparición del síndrome de

“estar quemado” hacia principios de la década de 1970 se correlaciona con el incipiente comienzo de la modernidad tardía y la puesta en cuestión de las respuestas a preguntas epistemológicas esenciales de la Ciencias Sociales. La inseguridad ontológica, consecuencia del devenir inestable del trabajo y la familia, no es más que un desdibujamiento de la formación identitaria plural y social; el aumento del individualismo, conlleva al declive de las relaciones interpersonales. El mercado como punto de llegada para el desarrollo personal determina sujetos frustrados, con vínculos fuertes con la materialidad del consumo y con una empatía hacia el objeto. Pero como punto importante, las personas comienzan a “quemarse”, por la propuesta ilimitada de éxito que propone el sistema social y cultural de la modernidad tardía. Por supuesto que está sociedad del rendimiento—con solapamientos en la sociedad del riesgo— desarrolla altos niveles de violencias. El multitasking, la inestabilidad social y la depresión personal invitan a quemarse y a la imposibilidad del momento contemplativo. Es fundamental comprender que al entrar en erosión ciertos consensos colectivos y valores sociales se aumenta la percepción y el sentimiento idiosincrático, con lo cual se cambia de forma drástica la valoración que el sujeto establece de su personalidad—o de su sí mismo—y del mundo que lo rodea.

Esta cuestión encuentra un punto álgido en algunos trabajadores en especial: desde los primeros estudios del síndrome de *burnout* se referenciaba a los trabajadores del sistema de salud y educativo, pero ya desde la década de 1990 comenzaron a proliferar los estudios sobre policías y militares. Debemos decir que en el mundo anglosajón desde la década de 1960 ya se venían realizando estudios sobre el estrés policial, reconociendo altas tasas de suicidio, grandes grados de ingesta de alcohol y estados depresivos constantes—todo lo que conlleva a mayores problemas familiares e incrementos en las tasas de divorcio en comparación con otras profesiones.

Estas últimas investigaciones son de lo más variadas. Encontramos desde estudios sobre policías y militares de grupos especiales anti-secuestro en Colombia, pasando por trabajos de emociones y afrontamiento de policías de Buenos Aires, investigaciones individuales y otras institucionales, como la del *Instituto de Ciencias y Tecnología de la Universidad de Manchester*—que ubica a los policías como la segunda profesión con más estrés laboral después de los mineros, o la del *Instituto Nacional para la Seguridad y Salud Ocupacional de España*—que indica que los policías son la segunda ocupación con más homicidios laborales después de los taxistas—, estudios sobre los policías de tránsito en Perú o la policía preventiva de Ciudad de México, o de jóvenes policías en

Argentina, como lo hicieron Tomás Bover y Mariana Chaves en un artículo publicado en el 2011 intitulado *Vivir a los tumbos o vivir (de) uniforme: biografías de jóvenes policías en Argentina*—donde los autores llegan a la conclusión que el cambio en la narrativa de la vida como consecuencia del ingreso a la institución policial produce modificaciones en las estructuras afectivas y emocionales de los jóvenes.

Todas estas investigaciones llegan a similares conclusiones. El trabajo policial es una labor desgastante y riesgo *estresógeno per se*. El estado de alerta constante y la portación de un arma de fuego proponen un reparto de riesgo adicional: ya que las herramientas que debe utilizar para realizar su trabajo conllevan un peligro en sí mismas. Así es que también se determinan algunas cuestiones que coadyuvan a “estar quemado”: en primer lugar, el hecho del contacto con la sociedad—de forma muy general—pero también la ambigüedad en lo que se le exige, el conflicto de funciones, la falta de preparación para cumplir las exigencias, la escasa o nula participación en las decisiones sobre cómo desarrollar las tareas. Las variables del sexo y la edad, han sido difícil de reconocer en el efecto del síndrome, algunos estudios sostienen que las mujeres se desgastan emocionalmente más frecuentemente que los varones, aunque estos últimos desarrollan grados de despersonalización más acentuados. Algunas investigaciones parecen dejar ver que los agentes más jóvenes son más propensos a “quemarse”, pero en ningún trabajo este dato es concluyente. En estudios comparativos con el personal penitenciario, se ha determinado, que mientras esté sufre principalmente un agotamiento emocional, el personal policial presenta una significativa despersonalización—aun cuando tenga un aprecio mayor por la actividad que realiza.

6.

Repasemos las observaciones que dejamos constatadas en el cuaderno de campo, y nos daremos cuenta que las anotaciones están impregnadas de nuestro objeto de estudio. Durante varios días nos dedicamos a seguir un par de agentes de la Policía Local. No había que caminar demasiado, porque los policías estaban emplazados en una esquina y solo se desplazaban, y muy lentamente, no más de cuatro cuadras, alrededor de plaza Azcuénaga de la ciudad de La Plata, ubicada en una de las arterias principales de la ciudad, muy cerca del centro. Una plaza muy habitada por los vecinos del barrio sea para correr, tomar mate, o llevar a los niños y niñas a jugar a los juegos. Las anotaciones se repiten, día tras días. De hecho, el día anterior se parece al día de hoy que se parece a su vez a los días de la semana pasada. El hastío que sentimos en su momento es el

mismo que tenemos ahora, después de pasar las transcripciones del cuaderno, y después de volver a leerlas para seleccionar un día para contar un día (in)acción en la vida de estos policías.

Hora de llegada: 7.15hs. (clima agradable, mes de marzo). / La pareja de policía se encontraba en la esquina de calle 48 y diag. 73. Conversando entre ellos (continúe caminando una cuadra más y me senté en un banco de la vereda de la diagonal). Conversaron en la esquina durante aprox. 30 o 40 min (revisando el celular esporádicamente y fumando el varón).

7.50 hs. / Comienzan a caminar en dirección a la plaza, a paso lento. Los negocios de la zona aún se encuentran cerrados. Conversan todo el tiempo. Saludan a un patrullero que cruza el diagonal por calle 45 hacia calle 17. Me pregunto si los estarán vigilando a los vigilantes. Entiendo que no porque los policías se mantuvieron como si nada. Caminan la mitad de la circunferencia de la plaza y vuelven hacia la diagonal cortando camino por el medio de la plaza.

8.20hs. / Retoman la caminata hasta la calle 46 cuando cruza con la calle 15, y se apoyan a mitad de cuadra en un quiosco que aún permanece cerrado (abre a las 9hs.). Conversan y ahora ambos encienden un cigarrillo. La mujer mira su celular y se mantiene concentrada en ello durante al menos 15 o 20 minutos. Mientras intercambia palabras con su compañero (que camina desde la pared hasta el cordón).

8.50hs. / Llega la dueña del comercio de decoración que esta lindante al quiosco. La saludan (sin moverse del lugar donde están apoyados). La dueña comienza a abrir el negocio. Los agentes siguen conversando y riéndose por algo que se cuentan.

9.10hs. / Llega el dueño del negocio (un flaco joven, con barba). Lo saludan ambos con un apretón de mano y se comentan algo que los hace reír (me pareció escuchar algo sobre el horario en que estaba abriendo: “tarde”. Parecen ambos tener una relación más cercana con el quiosquero). El quiosquero ingresa al local. Los policías se quedan charlando entre ellos (Aumenta el tránsito y los peatones sobre la diagonal).

9.20hs. / Los policías comienzan a caminar dirección a plaza Moreno. Casi no conversan. Parecen tener una "actitud de vigilancia" más pronunciada. Observan y caminan. Pero... ¿qué observarán? No hay demasiada gente en la plaza, casi nadie. Solo algunas personas corriendo y yo, mirándolos a ellos, bajando la mirada de vez en cuando para escribir lo que veo. Menos mal que traje el termo con el mate. Ahora llegan a la esquina de diagonal y calle 48, allí se quedan conversando durante 15 minutos con el guardia privado del local de ropa deportiva (hasta acá toda la caminata se realizó por una misma vereda).

9.40hs / En este momento cruzan la diagonal y caminan en dirección a plaza Azcuénaga por la vereda de en frente. Saludan amablemente al farmacéutico (que está limpiando la vereda, o algo así). Siguen sin conversar entre ellos. Observan. Las risas terminaron. La mujer mira su celular tres veces, muy rápidamente. Parece estar pendiente de su celular, de los mensajes que le llegan.

9.55hs. / En calle 45 vuelven a cruzar la diagonal y regresan en dirección contraria. Se detienen nuevamente en el quiosco (ya está abierto, incluso con la habitual mesa redonda y dos sillas en las que suele estar el quiosquero sentado cuando el clima es agradable y no hay clientes). El agente varón ingresa y esta unos 10 minutos dentro. La agente mujer aprovecha y se concentra otra vez en el celular. (¿Habría ido al baño? Porque ahora que lo pienso, si estas personas están todo el día, es decir, casi 8 hs. en esta plaza, en algún momento deberían ir al baño)

10.10hs. / El quiosquero y el agente varón salen del quiosco. El quiosquero se sienta en su lugar habitual y se dispone a preparar mates. El agente varón se para junto a él y continua una conversación que parece se desarrollaba desde adentro. La agente mujer se acerca a ellos y recibe el primer mate. Los tres comparten conversación y mate durante un periodo de 20 minutos, hasta que un cliente ingresa al quiosco (con impuestos en la mano, el quiosco tiene un rapipago).

10.30hs. / El agente varón se ceba a sí mismo dos mates (esto indica cierta confianza con el quiosquero), mientras el dueño está adentro atendiendo. (Me da la sensación que esa "actitud de vigilancia" se disipa

y relaja un poco ante el quiosquero) El quiosquero tarde unos 20 minutos en atender, pues ingresa otra persona y se forma una cola de 2 personas fuera del quiosco para el Rapipago.

10.40hs. / Ahora se acerca a tomar mate la dueña del comercio de decoración. El agente varón le ceba un mate y se quedan conversando.

10.50hs. / El quiosquero sale y saluda afectuosamente con un beso a la dueña del comercio lindero. Conversan todos juntos durante 10 minutos y los agentes re-emprenden la caminata hacia plaza Azcuénaga.

11.20hs. / Esta vez caminaron la circunferencia completa de la plaza. Ambos entraron en la ferretería de calle 44 y permanecieron 10 minutos adentro del local. Terminaron de recorrer la plaza y vuelven por la misma vereda de siempre. Siguen conversando entre ellos. Saludan a la dueña de la vinería y vuelven a pasar por el quiosco. Esta vez la que ingresa es la agente mujer, y sale a los 5min (Seguramente debe haber ido a usar el baño). Continúan la caminata hasta calle 48, donde intercambian nuevamente algunas palabras con el guardia privado.

11.50hs. (aprox.) / Se colocan en la esquina de calle 47 y diagonal (allí está el colegio Mackay) El movimiento de entrada y salida de jóvenes aumenta. Se quedan allí conversando poco y observando (no fuman ni miran el celular).

12.30hs. / El movimiento de padres, niños y jóvenes es mucho. La parada de colectivo de diagonal y calle 16 se abarrota de gente y los agentes se mueven hacia esa esquina. Conversan entre ellos. Advierten que unos jóvenes cruzan incorrectamente una calle (el automovilista toca una bocina pronunciada), pero los observan y no le dicen nada.

13.15hs. - 13.20hs. / El movimiento de jóvenes y niños vuelve a ser poco, casi nulo. Los agentes vuelven a caminar en dirección a plaza Azcuénaga. Se detienen otra vez en el quiosco por unos 20 minutos. Toman otros mates, conversan y esta vez comen unas galletitas que les ofrece el quiosquero.

14hs. / La diagonal vuelve a estar casi desierta como a las 8hs. Aquí noto de nuevo un cambio en la actitud de los agentes, se relajan, vuelven a revisar asiduamente el celular y a conversar con risas entre ellos. Caminan hacia calle 45, cruzan la diagonal y se dirigen a la plaza. Saludan a los heladeros y cortan camino por la plaza hasta el otro extremo. Se quedan conversando y vuelven a fumar en la esquina de 44 y plaza (frente a la ferretería/pinturería).

14.30hs. / Emprenden camino hacia la diagonal nuevamente y caminan lentamente hasta calle 48. Conversan. Caminan muy lento (como haciendo tiempo), siempre por la misma vereda. Esta vez no se detienen en el quiosco (solo saludan con un apretón de manos el varón y de lejos la mujer con un gesto de su mano). Siguen charlando. La mujer enciende otro cigarrillo. Los transeúntes son pocos. El tránsito también menguó, aunque no tanto como la gente que camina.

15.10hs. / Finalmente se suben a un patrullero y se van, en su lugar quedan otros dos agentes varones.

Los días que antecedieron y siguieron a este son prácticamente iguales, cambian por algunos minutos la parada en el quiosco. Pero la parada en la escuela la hacen siempre en el mismo horario, los mates con el quiosquero y la charla con el guardia privado. Pareciera que los horarios de apertura de los negocios y los horarios de la escuela marcan los "stop" y la circulación de los policías.

Los únicos dos días que la rutina se salió de su curso fue cuando hubo un accidente (cerca de las 14hs.) entre un auto y una moto en diagonal 76 y 18, y unos transeúntes le avisaron a los dos policías de la local del accidente.

Estos fueron, saliéndose de su recorrido habitual, y en el lugar había ya un patrullero y dos agentes más de la local. Se quedaron ahí por casi 40 minutos, charlando con los otros policías y con los vecinos. Y luego volvieron por la plaza a realizar el recorrido habitual.

Otra vez, en el día 7 (también de jornada completa), fueron a levantar (alrededor de las 1130hs) a un hombre que dormía en un banco de la plazoleta de diagonal 76 y 43. Lo despertaron, y lo obligaron a irse. El agente varón le revolvió unas bolsas que tenía y le desparramó algunas

cosas en el suelo. El hombre de la calle las junto y luego se fue sin resistirse ni quejarse (pienso que los agentes fueron por alguna denuncia vecinal, porque esa plazoleta no ingresa dentro de su recorrido habitual).

Resumiendo: Los policías organizaban sus rutinas en turnos, generalmente, de 8 horas—algunos días se extienden. Los policías se mantienen en parejas y caminan entre cuatro y seis cuadras, suelen apostarse en esquinas o a mitad de cuadras en zonas comerciales. En tanto que la actividad que pudimos registrar que más cercanía tuvo con una ilegalidad fue la intervención de un agente de la policía local en un accidente de tránsito—sin heridos—, luego las actividades tienen que ver con dialogar con los comerciantes—motivar cierta amistad: para acceder a un baño o un poco de agua—, tomar mate, revisar el celular, custodiar las paradas de colectivo o evitar que algunos jóvenes tomen alcohol en la vía pública. Queremos decir que la actividad es de una trivialidad abrumadora, el tedio y el aburrimiento no tardan en invadir la vigilancia: agregando el factor climático como una condición de hastío absoluto. Los días más calurosos el chaleco antibala y los borcegués siguen siendo uniforme obligatorio, los días de extremo frío la presencia y visibilidad en la vía pública imposibilitan el refugio en algún comercio calefaccionado.

7.

Pasemos ahora a la segunda cuestión, nos preguntamos si el aburrimiento no es uno de los factores que habría que tener en cuenta a la hora de comprender algunas formas que asume la violencia policial.

El aburrimiento introduce una suerte de “calma chicha” en el vecindario. Expliquémoslo: como la policía de prevención o proximidad suele emplazarse en las zonas sobre-aseguradas (donde los comerciantes contrataron agentes de seguridad privada o servicios de videovigilancia monitoreada; donde las casas tienen alarmas o reforzaron sus aberturas, elevaron los muros, electrificaron las cercas; donde el gobierno de la ciudad dispuso en los espacios públicos cámaras de vigilancia), donde los umbrales de inseguridad se fueron modificando, la actividad policial se limita a deambular “haciendo nada”. Ahora bien, “cuanto mayor es la seguridad, mayor también el ocio para pensar en los peligros que amenazan” (L’Heuillet, 2010: 160). La mirada policial empieza a posarse sobre los detalles hasta que pequeños eventos de la vida cotidiana que pasaban inadvertidos para todos (un encuentro entre jóvenes, pibes gastándose entre sí, una madre amamantando a su hijo en el banco de una plaza, etc.), empiezan a

llamar la atención, comienzan a ser percibidos como problemas, y se ganan la curiosidad y la sospecha policial.

En otras palabras: cuanto más ocio más milimétrica, detallista, puntillosa se vuelve la mirada del policía, más susceptible se vuelve el olfato policial, y lo que antes no era percibido como un problema ahora empieza a serlo; la persona que antes pasaba inadvertida ahora puede ser tratada como un impostor, un sujeto que está simulando y, por tanto, objeto de detención por averiguación de identidad. Por su puesto que el tedio actúa sobredeterminado por la posición social de las personas. No todas las personas se ganan la atención del policía aburrido. Tanto la clase social como la edad, siguen siendo las variables de rigor para llenar el tiempo muerto.

Lo decimos otra vez con las palabras de Fassin: “Comparado con la ociosidad que sufrían los agentes de policía, el acontecimiento más insignificante moviliza una energía sorprendente y su trato a menudo se mostraba desproporcionado” (Fassin, 2016: 115). “En esas tediosas condiciones, hechos menores como la polución sonora causada por una motocicleta o una pelea entre dos adolescentes a menudo se tornan eventos mayores que generan una frenética excitación en los equipos e intervenciones desproporcionadas e inapropiadas por parte de la policía” (Fassin, 2016: 19).

Más aún: detener a una persona por averiguación de identidad, cachearla en la vía pública, incluso verduguearla, es la oportunidad de hacer algo, de llenar el tiempo muerto. La discriminación y violencia policial motorizan la grupalidad, activa a los policías, los distrae del tedio, les permite llenar el tiempo muerto. En la calle no pasa nada hasta que deciden interpelar a alguien. Salir a detener es salir a hacer algo, romper el continuo con el que se miden cotidianamente. Digo, “no pasa nada” y lo que “pasa” suele ser el resultado de una provocación policial para que “pase algo”.

Y no solamente eso, los policías saben que no hacen nada. Y no hacer nada invita a pensar que no son nada. Por eso, una de las formas de levantar la autoestima, de recordarse que son policías y por tanto agentes del orden, actores imprescindibles, consiste en generar una serie de pequeños malentendidos que van escalando hasta llegar al conflicto (por ejemplo, una resistencia a la autoridad), situación que justificará su intervención inmediata. El resultado de esa profecía autocumplida, es sentirse que sirven para algo, que no son un adorno, que existen, que no están de gusto.

Para decirlo con otro hecho que nos tocó presenciar no hace mucho, en la ciudad de La Plata. Estaban dos agentes de la Policía Local de la provincia de Buenos Aires haciendo su habitual rondín, hasta que en un momento se cruzan

con dos niños que tendrían 11 y 13 años de edad. Uno de ellos estaba jugando con un palo. En verdad se trataba de una rama y el niño simulaba que era una espada. Uno de los policías se acerca y le dice que “acá no se puede jugar con un palo”, y se los saca. Los niños se miran entre sí, no entienden y siguen caminando. A los treinta segundos, el policía quiebra la rama y la arroja a la calle.

Hay una frase de Roland Barthes que nos parece reveladora también: “Me aburría de tener aspecto de aburrirme. Y por cierto el tedio es una histeria” (*op. cit.* en Calvet, 1992: 279). Tenemos una policía histérica. Una histeria que podríamos resumirla de la siguiente manera: no me des lo que te pido que no es eso lo que quiero. Lo que quiere el policía es otra cosa. En efecto, los documentos que le pedirá al policía al joven no constituyen el *point*. En primer lugar, la cuestión central es surfear el tedio, salir del sopor que produce no hacer nada. En segundo lugar, es no volver a verte por aquel lugar. No se trata de averiguar tanto la identidad sino marcarte el territorio, emplazarte más allá del lugar que frecuentas en ese momento. Es decir, el sentido de la interpelación hay que buscarlo en otro lugar.

8.

Retomando la tesis de Steiner podemos agregar que a medida que emerge la inseguridad como problema público, con el auge de la prevención situacional o ambiental (Sozzo, 2000), se produjeron una serie de transformaciones de valores y prácticas. Si la seguridad se asocia a la policía, entonces la inseguridad implica más policía. Más policías en la calle patrullando el barrio, más policías de consigna en cada esquina o en la puerta del supermercado chino. Las políticas de saturación policial en los “barrios calientes”, la multiplicación de las cuadrículas con más móviles patrullando la zona y policías a pie recorriendo las calles, son una consecuencia de estas transformaciones.

Lo que sigue a partir de ahí es la tranquilidad para los vecinos, pero el tedio para los policías. Porque la actividad laboral tiene que hacer frente a una rutina chata, una especie de interminable domingo, de densa vacuidad. El tiempo se desacelera y se vuelve repetitivo. Los policías no sienten que el tiempo pase. Por lo menos hasta que no claven su diente en el tiempo y rompan la monotonía. En una actividad reducida a la inercia, el policía se convierte en policía cuando sale del sopor que envuelve su quehacer. El tedio policial está engendrando malentendidos cotidianos que, lejos de agregarle concordia a nuestra rutina, alimentan los prejuicios de la vecinocracia, la bronca de los más jóvenes. Porque la juventud, sobre todo aquella que tiene determinados estilos de vida y pautas

de consumo, es el blanco perfecto del trabajo policial, la oportunidad de escapar del aburrimiento e imprimirle un poco de acción a un trabajo rutinario y chato. Por eso la calma del barrio, es calma chicha, tensa, que puede romperse en cualquier momento.

De la misma manera que gran parte de las travesuras o fechorías de los jóvenes surgen del aburrimiento (Corrigan, 2010: 202-207; Duschatzky-Corea, 2004: 44-6), gran parte de las prácticas policiales violentas tienen también origen en el tedio, están impulsadas a romper con la inercia del cotidiano, para adueñarse de la "autoridad" que le enseñaron representaban. Al enfrentar el aburrimiento los policías se vuelven agresivos y abusivos.

9.

Parafraseando a Jeff Ferrell (2010) podemos concluir acá que, quizá, el aburrimiento pueda decirnos algo sobre la violencia policial. El hostigamiento policial es una reacción contra el aburrimiento o, mejor dicho, contra las formas del tiempo muerto de la praxis policial. Una praxis que no está hecha de "acción" sino de "in-acción", es decir, de redundancia, de actividades sin sentido o por lo menos alejados del imaginario que muchas veces tienen los propios policías sobre lo que significa *ser* policía.

Para eludir la circularidad vacía del tiempo, los policías detienen a los jóvenes por averiguación de identidad. No los detienen porque tengan un problema personal con ellos y, muchas veces, tampoco lo hacen obedeciendo directivas de sus superiores, o actualizando saberes aprendidos durante su proceso de formación. Los detienen porque la práctica de la detención es la excusa para llenar el tiempo con otras actividades, tal vez más cercanas al imaginario policial. La detención por averiguación de identidad, con todo lo que la detención implica (cacheo de los individuos, requisa de las pertenencias, verdugueo, etc.) activa la autoridad. Los policías se sienten "nada" y la "nada" impugna su "ser", su *ser policial*, su *ser autoridad*. Encuentran, entonces, en la detención, la oportunidad de hacer valer la autoridad, de sentirse autoridad, de ser, finalmente, alguien importante. Ellos son el orden, la garantía del orden, pero un orden que casi nunca tienen la oportunidad de hacerlo valer, porque la vida cotidiana, por lo menos en las zonas donde se emplazan los rondines policiales, no son lugares "desordenados", inseguros, donde cunde el delito callejero. Son espacios sobre-asegurados, repletos de cámaras de videovigilancia, de seguridad privada y mucha policía. De modo que la seguridad imperante es la característica de esos espacios. Una seguridad que contrasta con la sensación de inseguridad que tienen los vecinos. Y acaso sea esta, la razón por la cual se siguen

emplazando y cada vez más, efectivos policiales en esas regiones. Por eso la pregunta que nos hacemos es la siguiente: ¿Cómo ejercer la autoridad en lugares donde no hace falta ejercerla? ¿Cómo afirmarse como policías cuando se sienten un florero?

Entre paréntesis: La *vecinocracia* tiene que saber que a los policías les pagamos por hacer nada. Tal vez una de las definiciones que mejor se acomoda a la prevención sea esta: prevenir es hacer nada, estar ahí, de florero ambulante.

No estamos diciendo que el aburrimiento, lo que aquí hemos llamado *burnout*, sea una causa determinante de la violencia policial. Es un factor que hay que leerlo al lado de otros factores, por ejemplo, no perdiendo de vista, el olfato policial. Tampoco hay que descontar el punitivismo de arriba y de abajo, que constituyen un marco para el despliegue de esta violencia, tanto las etiquetas estigmatizantes que van tallando los emprendedores morales de la vecinocracia, como las bravatas de los funcionarios que, a los oídos de los policías, suelen constituir los mejores insumos morales que habilitan y legitiman este tipo de prácticas.

El aburrimiento ofrece una ventana emocional para la experiencia de la violencia. El hastío se combate rivalizando al otro, referenciando al otro como otro absoluto, inventando enemigos que justifiquen luego la hostilidad que reencanta la praxis policial.

Quisiéramos concluir este breve artículo considerando algunas cuestiones de importancia: primero, la exigencia de un estado policial que ocupa la totalidad de la existencia vital del trabajador policial, y que implica una cantidad de obligaciones totalmente desproporcionadas con los beneficios que puede aportar. Que exige la intervención del trabajador cualquiera sea la situación en la que se encuentre, en situaciones graves o de emergencia, o en otras más triviales que el agente—con su discrecionalidad—considere pertinente intervenir. Segundo, la portación del arma de fuego reglamentaria, también a tiempo completo. Dos cuestiones que aceleran ese devenir en un sujeto despersonalizado, frustrado y agotado emocionalmente. Que se inserta en un mundo de inestabilidad socio-política, altos niveles de consumo, estética corporal y mercados globalizados; relaciones interpersonales truncadas, exitismo individualista y una violenta exclusión de aquel no puede pertenecer por no poder consumir.

Bibliografía

- Baudelaire, C.: *Las flores del mal*, Buenos Aires: Losada, 1991.
- Calvet, L-J.: *Roland Barthes. Biografía*, Barcelona: Gedisa, 1992.
- Cioran, E. M.: *Breviario de podredumbre*, Buenos Aires: Taurus, 1991.
- Cioran, E. M.: *Conversaciones*, Barcelona: Tusquets, 2005.
- Corrigan P.: "No hacer nada", en: Hall, S. y Jefferson, T. (eds.): *Rituales de resistencia. Subculturas juveniles en la Gran Bretaña de posguerra*, Madrid: Traficantes de Sueños, 2014, 175-180.
- Dumézil, G.: *El destino del guerrero*, México: Siglo XXI, 2008.
- Duschatzky, S. y Corea, C.: *Chicos en banda. Los caminos de la subjetividad en el declive de las instituciones*, Buenos Aires: Paidós, 2004.
- Fassin, D.: *La fuerza del orden. Una etnografía del accionar policial en las periferias urbanas*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2016.
- Ferrel, J.: "Aburrimiento, crimen y criminología", *Delito y Sociedad*, 29, 2010.
- Goodman, A.; "A Model for Police Officer Burnout", *Journal of Business and Psychology*, 5 (1), 1990, 85-99.
- Henry, V.: *Death Work: Police, Trauma, and the Psychology of Survival*, New York: Oxford University Press, 2004.
- L'Heuillet, H.: *Baja política, alta policía. Un enfoque histórico y filosófico de la policía*, Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Marx, K.: *Manuscritos: economía y filosofía*, Madrid: Alianza, 1997.
- Monjardet, D.: *Lo que hace la policía: sociología de la fuerza pública*, Buenos Aires: Prometeo, 2010.
- Reiner, R.: "Policing a Posmodern Society", *The Modern Law Review*, 55 (6), 1992, 761-781.
- Reiner, R.: *La política de la policía*, Buenos Aires: Prometeo, 2012.
- Rodríguez Alzueta, E.: *La máquina de la inseguridad*, La Plata: EME, 2016.
- Sozzo, M.: "Seguridad ciudadana y tácticas de la prevención del delito", *Cuadernos de Jurisprudencia y Doctrina Penal*, 10, 2000.
- Steiner, G.: "El gran ennuí", en: *En el castillo de Barba Azul. Aproximaciones a un nuevo concepto de cultura*, Barcelona: Gedisa, 1991.
- Tonkonoff, S.: "Tres movimientos para explicar por qué los pibes chorros visten ropas deportivas", en: *La sociología ahora*, Buenos Aires: Siglo XXI, 2007.
- Weil, S.: *La condición obrera*, Buenos Aires: Cuenco de Plata, 2010.